

## NOTAS Y COMENTARIOS

### EL PENSAMIENTO FILOSOFICO DE MONSEÑOR OCTAVIO NICOLAS DERISI \*

1. No es necesario justificar un homenaje a Monseñor Octavio Nicolás Derisi. Sin embargo, creo sí necesario expresar que cuando se realiza un homenaje, más allá de las razones que las circunstancias de carácter social imponen, él mismo viene exigido por la necesidad que una comunidad siente de testimoniar su agradecimiento a una vida.

Toda vida humana tiene, de suyo, sentido. Pero las proyecciones del mismo, dependen, en gran medida, de lo que una persona ha logrado desde sí, para sí y para los demás, en la aceptación de su propio, intransferible llamado a culminar ese sentido.

El homenaje que el país, a través del ámbito universitario, éste nuestro, le tributa a Monseñor Derisi es el agradecimiento a una vida. A su vida. A la de un sacerdote para quien vivir, ha sido y es ejercer asiduamente, sin descanso, la actividad del pensamiento y de la docencia como forma permanente de fidelidad a su vocación sacerdotal. Porque si bien es cierto que figura y figurará entre los filósofos argentinos que han tenido más gravitación en nuestro mundo cultural desde el año 30 a nuestros días, no hay duda que su proficua labor filosófica y su docencia se insertan en el cumplimiento siempre vigilante y ahondado de aquella decisión que lo llevó, muy joven, a ingresar al Seminario de La Plata.

2. Conocí a Monseñor Derisi en 1945. Egresada como profesora de Filosofía y Pedagogía empezaba los tramos iniciales de mi actividad docente y le solicité orientación para organizar un programa de Metafísica. Dos cosas me impresionaron vivamente en él. Su modestia, no convencional, manifestación de sencillez, de humildad sacerdotal. Su claridad para señalarme los aspectos conceptuales más importantes. Y aquella afirmación: vale más que ellos (los alumnos) comprendan tres o cuatro verdades básicas y aprendan a pensarlas, que toda una erudición disciplinar. Y agregé, una de esas verdades: reconocer la absolutez de lo absoluto y la contingencia de lo que no lo es.

Hasta ahora, sus palabras, mantienen una vigencia irrevocable para mí y al aceptar asumir en nombre de la Facultad de Ciencias de la Educación este homenaje, expreso también personalmente mi agradecimiento a Monseñor Derisi.

---

\* Conferencia dictada por la Prof. Rosa V. Andrilli, el 4 de diciembre de 1980, en el Salón de Actos de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos, como homenaje de esa Casa de Estudios a Monseñor Dr. Octavio N. Derisi.

3. La fecundidad de la obra de Monseñor Derisi no permite que en esta ocasión intentemos un señalamiento de la misma. Doctor en Filosofía y Ciencias y Doctor en Sagrada Teología como títulos eclesiásticos; Profesor de Enseñanza Normal y Especial en Filosofía y Doctor en Filosofía y Letras como título civil otorgado en 1940 por la Universidad de Buenos Aires; su actividad docente y académica, los premios recibidos, su participación en Congresos Nacionales y extranjeros, los trabajos monográficos y bibliográficos, los libros publicados, la fundación de revistas especializadas, entre ellas *Sapientia* (1946) jalonan una actividad intelectual incansable que en vano querríamos consignar. Son 50 años en que cada día implica algo para datar...

Prefiero obviar pues este aspecto enumerativo y procurar algunas reflexiones sobre las grandes *tesis*, los hitos fundamentales del itinerario filosófico, que lo son de su labor docente, en Monseñor Derisi.

Y lo primero a señalar es que esas tesis se encuadran en el contexto de un pensamiento, de una síntesis doctrinal de la cual ha sido y continúa siendo permanente expositor y reelaborador: el pensamiento teológico-filosófico de Santo Tomás.

Hoy es fácil, hasta cómodo, ser tomista. No era así en la época en que aún la vigencia de un positivismo y liberalismo nada críticos todavía ejercían verdadero monopolio sobre las posibilidades pensantes del profesorado universitario. Quizás ya se había iniciado el retorno a Kant, pero con neokantismo y todo, ser tomista era renunciar, según la mentalidad corriente de los claustros y de los fueros académicos, a la capacidad de pensamiento autónomo y sustituir pensamiento científico por religión. Un científicismo reduccionista se había encargado de circunscribir la actividad del pensar a los registros de la secuencia legal científica y a concebir el mundo de la naturaleza y de los hombres como un mundo de hechos cuya concreción excusaba de cualquier explicación metafísica.

El padre Derisi y otros —no muchos— hombres de pensamiento llegan a la docencia y asumen la lúcida recomendación de S.S. León XIII en la "Aeterni Patris" acerca de la verdad del pensamiento de Santo Tomás y su importancia en la docencia. Desde el comienzo de su actividad docente (hacia el año 31) hasta hoy, una *convicción* totalmente hecha carne en su propia vida será: *la verdad perenne del tomismo y su fecundidad*. Reiterativamente sus escritos vuelven sobre esta afirmación nacida de una convicción profunda y alimentada con la lectura y análisis minucioso de la obra de Santo Tomás de la que seguramente es uno de los conocedores más serios en nuestro país. Cuando en 1974 (20 de noviembre) S.S. Pablo VI da a conocer la carta dirigida al Maestro General de los Dominicos en el VII Centenario de la muerte de Santo Tomás, Derisi, en el N° 111 de *Sapientia*, comentándola expresa: "la diferencia del tomismo con otras concepciones que tuvieron notoriedad en el tiempo pero que carecen de vigencia actual proviene de que él ha centrado, con rigurosa exactitud al *conocimiento humano* —sensitivo e intelectual— en su *objeto propio*, de que ha insertado con precisión el acto intelectual en el ser (en lo que es) o verdad transubjetiva, fuente perenne de la verdad lógica de la mente humana y que ha determinado además el modo cabal con que dicho conocimiento se pone en contacto con ella y llega a su aprehensión sin deformarlo" (pág. 6).

En esta cita que puede leerse en las páginas del número señalado se dicen con claridad, *dos de las tesis básicas* del pensamiento metafísico-gnoseológico de Santo Tomás, asumido por Derisi desde sus fuentes, en los comentadores (sobre todo Cayetano y Juan de Santo Tomás) y más tarde en la lectura y análisis crí-

ticos de los principales tomistas contemporáneos, Maritain, Garrigou-Lagrange, P. Ramírez y muchos más actuales: Fabro y Gilson.

Porque —esto es importante señalarlo— la aceptación del pensamiento de Tomás de Aquino y del espíritu que animó al mismo, espíritu de universalidad y apertura, ha llevado a Monseñor Derisi a re-pensar, re-elaborar, re-integrar la totalidad de un pensamiento cuya vitalidad proviene de algo muy sencillo al parecer, pero tan difícil de aceptar. La realidad, lo que es, mide a la inteligencia humana, esta es su descubridora, su reconocedora, no su constructora o productora. Tomás sabía lo que más adelante expresara Pascal: “la realidad se burla de los filósofos”. Más aún, cobra caro el afán de desconocerla inventándola. Por cierto que el Doctor Común tenía el sentido cabal y el respeto amoroso de lo que es esa realidad en cuanto término del Acto creador de Dios que con su causalidad ha producido y conservado la existencia y consistencia de todo lo que es.

4. Ser e inteligencia, dos hitos básicos de la larga reflexión crítica de Monseñor Derisi siguiendo a Santo Tomás.

En el Nº 100-102 de *Sapientia* dice: “desde *Sapientia* —y siempre— hemos difundido el valor de la inteligencia para aprehender la verdad trascendente, no en el sentido de que por ella el hombre sea capaz desde un principio de *toda* la verdad y de un modo perfecto, sino en el de que sea capaz de aprehenderla con seguridad o certeza en lo que ella es, siquiera bajo alguno de sus aspectos e imperfectamente y de acrecentar sus dominios y captar y acrecentar cada vez y con más precisión su contenido” (pág. 91). Ponderar el valor de la inteligencia humana ha sido una de las grandes preocupaciones de la docencia y la producción escrita de Derisi. En épocas en que el irracionalismo anti-intelectualista desde la Filosofía penetró en la literatura, en los medios de comunicación y en las formas de vida a través de ellos; en épocas, más recientes en que las filosofías de la praxis minimizan o desconocen la teoría en beneficio exclusivo de la transformación práctica del mundo natural y humano.

Esa valoración de la *inteligencia* y en consecuencia de conocer lo que hay de verdadero en el mundo de la naturaleza y de los hombres ha corrido pareja con su afirmación de que cuando no se cree en la verdad, es porque se ha comenzado primero por no aceptar el valor de la inteligencia para alcanzarla con certeza.

Entonces, el desemboque es inevitablemente el agnosticismo.

Con gran lucidez ha reiterado Derisi que en gran parte la crisis del mundo contemporáneo y de sus valores —que es *del* nombre contemporáneo— ha corrido pareja con la prescindencia y hasta desprecio de la inteligencia en su función especulativa, en la vida intelectual que genera, alumbra en el hombre la desocultación de aquello que lo real guarda en su propio seno como signo de su inteligibilidad y sentido.

Con la pérdida de este valor de la inteligencia ha perdido —el hombre contemporáneo— en gran parte la senda del perfeccionamiento, del bien moral, del recto hacer, etc. Porque es mediante la inteligencia que se abre el sendero que conduce al descubrimiento de las normas reguladoras de su libertad y de su vida, aunque no sólo la inteligencia dé cuenta de la realización de la vida en que se empeñan la voluntad y un mundo de apetencias diversas.

Conviene aclarar que inteligencia en el contexto tomista es la capacidad espiritual de llegar a “ver” de “leer dentro” de la misteriosa presencia de los entes, que permite ir más allá de los consignados datos del ver aquí y ahora,

aunque deba partir de ellos porque quien conoce intelectualmente es un hombre, o sea, un ser espiritual pero también corpóreo.

Inteligencia y ser. Porque el tomismo dice Derisi es un Intelectualismo *realista*. Es desde lo que es, desde lo que cotidianamente vemos, oímos, etc. que la capacidad intelectual abstrae, por ende universaliza y hace posible el conocimiento de lo que es *esencial* (no meramente accidental), la episteme, el conocimiento filosófico o científico.

Lo cotidiano del mundo en que vivimos guarda la instancia metafísica, de ahí que el objeto connatural de la inteligencia humana sea el ser en cuanto presente en esta instancia sensible y móvil que la cotidianidad nos muestra. Hasta aquí y más todavía Aristóteles. También Santo Tomás.

Sólo que, Tomás cristiano, teólogo, sabe que hay otra palabra —no griega— para designar, para reconocer lo real, lo que es. Creatura. Porque hay Creador. Todo el mundo natural, con su permanente llamado a ser descubierto y a ser conocido desde diversas aproximaciones es un mundo creado. Y precisamente porque hay Creación es que los entes tienen una consistencia, que son, que pueden actuar y de hecho actúan desde sí mismos manifestando su insita fuerza ontológica.

Una y otra vez, Derisi ha recabado la necesidad de no transgredir las exigencias de lo real, que son las de una realidad *creada* que no se da el ser, sino que lo ha recibido, por lo tanto que no se funda desde sí misma sino desde Quien le ha dado ser. El admirable mundo del ser que el genio de Aristóteles pensara con tanta profundidad desde la herencia parmenideo-platónica se clausura inexorablemente en la inmanencia del ser eterno, sin cominzo ni fin, siempre el mismo. La revelación judeo-cristiana confiere al mundo la maciza consistencia que surge de su ser *dado*, pero *tenido*. La acción creadora de Dios, confiere y mantiene ese ser.

A partir de esta afirmación de la trascendencia del ser, se estructura toda la verdad del orden natural, creado. Y la metafísica es el discurso que desentraña las composiciones del ente, avanzando en consecuencia más allá de la estructura hylemórfica. La composición de esencia y existencia (esse) es la composición del ser creatural. Derisi a propósito de ella ha reiterado su carácter central en el pensamiento tomista y desde la interpretación caye-tanista ha seguido manteniendo el valor de la distinción *real*, en contraposición a la distinción de *razón*, dada por Suárez. Así ha seguido todo el camino y señalado la extraordinaria importancia del trabajo de Ramírez y de Fabro y Gilson.

No corresponde que en esta ocasión realcemos una exposición pormenorizada de pensamiento filosófico, tomista, hemos dicho de Derisi. Pero su línea básica, es imposible obviarla porque todo el pensamiento suyo asienta en ella. Machaconamente lo afirma una y otra vez. Y sobre ella, se erige la obra estrictamente teológica de la verdad sobrenatural. No hay escisión antagónica entre lo sabido y lo creído. "Porque —dice— así como la realidad sobrenatural supone y se apoya sobre la realidad natural, también la organización científica de las verdades reveladas, la obra propia de la Teología supone y se apoya en la organización científica de las verdades de orden natural que es la Filosofía". La filosofía de Santo Tomás, fundada en el ser, es, para Derisi, la única garantía para un cuerpo doctrinal teológico que evite los errores que provienen de las influencias del irracionalismo filosófico, como también de los idealismos sean ellos trascendentales o absolutos. "Sin filosofía o labor científica —expresa— que asegure el sentido cabal y verdadero de las nociones y afirmaciones empleadas en la expresión misma de las verda-

des de la fe y que establezca después un cuerpo de verdades crítica y científica o sapiencialmente elaboradas en la luz de la evidencia del ser, para, finalmente con ellas y las verdades reveladas, desarrollar el contenido de la revelación... la teología estrictamente tal o como obra científico-sapiencial resulta irrealizable" (*Sapientia* Nº 88 - Año XXIII, pág. 87).

5. Lo que venimos diciendo podrá dar la impresión de que toda la actividad específica de Monseñor Derisi ha quedado circunscripta al estudio y a la divulgación reelaborada del pensamiento filosófico-teológico de Tomás de Aquino. El no se molestaría que así se lo afirmara si se entiende con ello afirmar que ese pensamiento es el que centra toda su investigación y docencia. Lo que no significa que haya dejado de tomar contacto con otros pensadores y corrientes, particularmente con las modernas y contemporáneas. Desde aquel sólido trabajo sobre *Filosofía Moderna y Filosofía Tomista* editado en dos tomos por los Cursos de Cultura Católica de Buenos Aires en 1945 y que mereció el premio Nacional de Filosofía en Argentina, hasta sus más recientes trabajos sobre Heidegger, pasando por los dedicados a Kant, Scheler, Sartre, toda la historia de la filosofía y sus problemas han sido por él críticamente visualizados. Paradójicamente pero certeramente, la asunción del tomismo con su perennidad de verdad le ha sido garantía para asumir a la vez, el análisis de cualquier otro pensamiento e incluso de reconocer los aportes de muchos de ellos porque, dice: "los filósofos que tienden a ajustar las afirmaciones de la inteligencia a las exigencias objetivas del ser o verdad transsubjetiva, en la medida en que lo hacen, se encuentran coincidentes con la filosofía de Santo Tomás... Es el caso de Aristóteles antes del Aquinate y del que tanto aprovechó. También el de Husserl —continúa— en nuestro tiempo cuyos análisis fenomenológicos lo aproximan tanto al Aquinate. Lo mismo que se podría señalar entre los análisis existenciales de Heidegger y la Metafísica de Santo Tomás" (*Sapientia*, Nº 21, p. 166) lo que no significa haber dejado de señalar los límites y los errores tanto de Aristóteles, como de Heidegger y de Husserl cuando estos últimos no trascienden los análisis exclusivamente descriptivos del mundo de la conciencia o de la existencia.

La perennidad del tomismo no depende de la situación histórica ni de otros elementos subjetivos. En tal sentido y aunque sea irreverente decirlo, ni siquiera depende de Tomás de Aquino; aunque haya sido él quien se adentró con lucidez en la verdad del ser y sus exigencias. El sistema tomista es "una aprehensión y expresión intelectual del ser tal cual es y se manifiesta a la inteligencia", dice Derisi. O sea, las exigencias del discurso están sostenidas y son expresión de las exigencias ontológicas. Por eso —nuevamente, lo dejamos hablar— "El tomismo de cualquier época puede perfeccionar el sistema, no sólo por una mejor penetración de sus conceptos y formulaciones sino por una más honda penetración en la verdad adquirida... Esta perfectibilidad del sistema con el reconocimiento de nuevas verdades o nuevos aspectos se realiza principalmente en aquellos sectores que han sido extendidos e iluminados por la ciencia y la cultura actual"...

Al decir esto último tocamos unas de las preocupaciones constantes de Derisi, filósofo pero también docente universitario, fundador y Rector de la Universidad Católica Argentina y Profesor en ella como en otras Universidades oficiales.

6. En múltiples trabajos, obras como *Esencia y valor de la Cultura* o colaboraciones en revistas (sobre todo *Sapientia* a través de los artículos de Dirección) ha subrayado en agudos análisis la situación que denomina la declinación "del espíritu y de la cultura" advirtiendo cómo el ideal del hombre

contemporáneo se estrecha cada vez más, casi exclusivamente al nivel del bienestar material...". Pareciera, dice, que el hombre se hubiera enajenado y volcado enteramente al mundo material y a sus aplicaciones y hubiera perdido de ésta su rico mundo interior, su propia realidad espiritual con la constelación de sus objetos y bienes trascendentes... de ahí su desinterés por la verdad y los valores morales... Son muchos los hombres que han perdido, y muchos los pueblos, el sentido ético de la vida". Afirmaciones *realistas*, no pesimistas. Afirmaciones que ponen en evidencia una situación que nadie se atrevería a negar pero que se unen a las propuestas del hombre cristiano, en realidad del sacerdote que insiste sobre la necesidad de un auténtico *humanismo cristiano*, humanismo el hombre en su totalidad de cuerpo y alma, en su acepción plena de la realidad personal, pero también en la acepción plena de su realidad de creatura caída y rescatada destinada no sólo a la contemplación de la Verdad que es el Acto de Ser sino a gozar la plenitud de esa Contemplación.

En el esfuerzo, que admite es lento, difícil, para restaurar el humanismo confía en el valor de la educación y en la importancia de su capacidad para configurar generaciones vitalmente fuertes por la integración de su ser personal. En obras como *Misión y esencia de la Universidad*, ha señalado con claridad qué ha de esperarse de ésta como indudable órgano de cultura y de su transmisión en un país. No hace mucho, en un reportaje reiteraba conceptos sobre esto. "Dar testimonio de la verdad es el fin supremo de la Universidad, dice, y en particular de la Universidad Católica Argentina puesto que la Universidad por su esencia misma tiene como fin la revelación y enseñanza de la verdad en todas sus manifestaciones y en su unidad total... la investigación y la docencia ha de aplicarse a esta tarea en todas sus dimensiones, a reverenciarla a amarla y a someterse a sus exigencias" (*Sapientia* - Año XVI, N° 60, pág. 88).

Me permito una digresión: Como tantas palabras cuyo profundo sentido se desvirtúa en un uso adecuado, la palabra verdad ha podido cargar (y aún conservar) con un peso de desvitalización que trae aparejado un inmediato rechazo. También, y desde otro ámbito, cargar con un sentido de relatividad. Pero si se ha entendido ese núcleo central que domina todo el pensamiento tomista decir verdad es como decir ser, realidad, lo que en las cosas mismas funda su sentido y por ende su inteligibilidad. Descubrirla es la tarea humana, tarea larga porque vamos de verdades a verdades en cuanto *la Verdad* es Dios y sólo por participación son los otros.

La tarea docente universitaria es tarea de saber y saber verdadero. De empeñosa búsqueda y logros. Dice Derisi en "Respeto y amor a la verdad en la Universidad Argentina": "La Universidad ha de contribuir, debe contribuir, seriamente, en la medida de sus medios y fuerzas, a la reconquista de las verdades perdidas, a la búsqueda de nuevas, al acrecentamiento de su acervo y también a organizar la vida sobre sus exigencias. Debe comenzar por hacerla amar, cultivar y vivir en sus propios claustros, por sus profesores y alumnos y continuar luego irradiándola en el país y el mundo para ayudar a nuestros hermanos a encontrar o reencontrar la senda de su verdadero bien".

Con estas palabras que son suyas deseo terminar las mías. Ojalá haya podido dejar a Uds. la semblanza de quien con su vida ha procurado y logrado dar testimonio de la verdad de Cristo y de su Iglesia. Porque, como decíamos al comenzar, toda su actitud especulativa y docente ha sido un modo de aceptar aquel mandato de "Id y enseñad...".